

18/12/13 copia.



PÁGINAS

Nº 232 Diciembre, 2013

Monseñor Leonidas Proaño “Santo padre” de la Iglesia Latinoamericana

Jorge Álvarez Calderón

Hace veinticinco años, un 31 de agosto de 1988, moría en Quito un gran obispo latinoamericano, Leonidas Proaño Villalba, un cristiano profundo, nacido de una familia pobre de la sierra ecuatoriana, obispo de Riobamba (Ecuador) desde 1954, y que, junto con un pequeño grupo de obispos latinoamericanos, contribuyó a que se pusieran las bases del surgimiento y maduración de nuestra Iglesia latinoamericana.

El teólogo José Comblin lo califica como uno de los “Santos Padres de nuestra Iglesia latinoamericana” y lo explica de esta manera: “Hasta hoy las iglesias de Europa y del Medio Oriente han sido marcadas por el modelo de cristianismo creado y expresado por un grupo relativamente pequeño de obispos, que vivieron, sobre todo, en los siglos IV y V de nuestra era, y han recibido en la tradición el nombre de “Santos Padres”. Fueron personalidades excepcionales que tuvieron que dar respuestas a los desafíos de la sociedad grecorromana y de la civilización helenística. Las respuestas que dieron constituyen un conjunto todavía válido para esas iglesias”¹.

En América Latina, la Iglesia católica ha sido durante cinco siglos una simple prolongación de la Iglesia occidental o latina. Hemos sido, desde fines del siglo XV, iglesias coloniales²: la pastoral, la liturgia, la re-

1 José Comblin: “Los Santos Padres de América Latina”, en *Reflexión y Liberación*, tomo II, n° 8, Santiago de Chile.

2 Salvo el grito profético aislado de Fray Bartolomé de las Casas (1484-1566), lúcido y valiente en su tiempo pero desgraciadamente tan silenciado y olvidado hasta la actualidad.

flexión teológica, la espiritualidad y la legislación eran de origen europeo. Nuestras iglesias no habían llegado aún a la edad adulta. Pero los cambios sociales después de la II Guerra Mundial y los excelentes obispos que el papa Pío XII nombró en esos años iniciaron un proceso de maduración eclesial de gran importancia. Un grupo pequeño de estos preladados latinoamericanos se dieron cuenta de que no se podía evangelizar a nuestros pueblos, tan distintos de los europeos y experimentando cambios sociopolíticos tan profundos, si sus dirigentes no se reunían a pensar la situación para buscar caminos nuevos de evangelización. Es preciso nombrar especialmente a dos de ellos que, además, eran grandes amigos: Helder Cámara (Brasil) y Manuel Larraín (Chile): ellos fueron los iniciadores de todo el proceso. Ellos encontraron, además, el apoyo de otros obispos de gran calidad como Marcos McGrath (Panamá), Sergio Méndez Arceo (México), Bogarín (Paraguay) y otros más. Evidentemente, don Leonidas estuvo en ese grupo.

En 1955 –¡siete años antes del Concilio!– lograron formar el Consejo Episcopal Latinoamericano (Celam), primera experiencia regional de colegialidad en la Iglesia católica que, desde la Edad Media, vivía una gran centralización romana en su gobierno. En esa instancia, estos grandes hombres iniciaron todo un proceso de reflexión y participación colegiada, de gran envergadura. Eso se pudo ver, por ejemplo, en el Concilio. Aprovecharon esos años excepcionales para conocer a otros obispos y especialistas, promover instancias de reflexión y coordinación. Pudieron profundizar con otros obispos del mundo muchos temas claves, sobre todo dos: la relación Jesús-los pobres-la Iglesia, y la relación que debía haber entre los países desarrollados y los subdesarrollados.

En todos esos años, ellos fueron en verdad los gestores de una Iglesia latinoamericana adulta, capaz de afrontar con criterios propios y maduros los retos pastorales que se presentaban en el subcontinente. Ese grupo pequeño es el que José Comblín llama el grupo de los “Santos Padres” de nuestra Iglesia latinoamericana: su profundidad, lucidez, audacia, humildad y coraje han permitido que nuestras iglesias dieran frutos de misioneros, mártires, laicos comprometidos, santos, desde su encarnación evangelizadora en esta parte del mundo. Así como en la antigüedad, los “Santos Padres” de esos tiempos permitieron que la Iglesia se encarnara en el mundo greco-romano, estos “Santos Padres” permitieron que nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña asumiera con calidad y adultez su responsabilidad.

Medellín hubiera sido imposible sin este grupo propulsor. Don Manuel Larraín, a la sazón presidente del CELAM y amigo personal del papa Montini, logró que éste, al fin del Concilio, pidiera al Celam que convo-

cara la II Asamblea del Episcopado Latinoamericano para aplicar aquí las conclusiones conciliares. Los agentes motores de esta iniciativa, de la preparación y de la orientación del evento, fueron este grupo. Esta minoría puso las bases de una respuesta original del cristianismo a una situación humana específica, distinta de lo que se había vivido en las cristiandades anteriores. No tuvieron miedo de pedir ayuda a peritos seculares: sociólogos, antropólogos, especialistas en ciencias sociales. Ellos permitieron que nuestra Iglesia se encarnara con calidad y anunciara el evangelio con signos y palabras verdaderamente significativos y movilizadores.

INICIOS Y PRIMEROS PASOS

“Soy hijo de familia pobre... Nací el 29 de enero de 1910, en San Antonio de Ibarra... Supe, como todos los pobres, lo que es padecer de necesidad y de hambre. ¡La pobreza!... es también un don”, dice en su autobiografía monseñor Leonidas Eduardo Proaño Villalba. San Antonio está en el corazón de la provincia de Imbabura, con alto porcentaje de población indígena.

Sus padres Agustín Proaño Recalde y Zoila Villalba Ponce, fueron campesinos pobres dedicados a tejer sombreros de paja para educar a su único hijo, ya que sus tres hermanos habían muerto tempranamente. “Tendría 10 u 11 años de edad, empecé a ayudar a mi padre en el trabajo más duro y peligroso que era macetear los sombreros. Duro, porque se rompían las manos, mientras no se formaran callos”. Aprendió de sus padres el amor a los pobres. “Ese amor y respeto a los pobres, particularmente a los indígenas, llegó a formar parte de mi propia existencia. Por esto, he dicho más tarde que no he querido nunca ser traidor a los pobres, pues nació en un hogar pobre y aprendí en ese mismo hogar a amar a los pobres”...³

El 1º de octubre de 1930 ingresa al Seminario Mayor de San José de Quito y el 4 de junio de 1936 es ordenado sacerdote de Ibarra. Desde el principio tuvo una preocupación grande por la situación social de su pueblo, especialmente los campesinos indígenas, los jóvenes. Sufría al ver su pobreza, la explotación en que vivían, la falta de medios para surgir. Funda en su diócesis la Juventud Obrera Católica y el Seminario *La Verdad* con el lema “La Verdad os hará libres”. Luego hará la librería e imprenta “Cardijn”⁴ al servicio de los jóvenes obreros. Su amigo el P. Suárez Veintimilla escribe: “*La Joc nos permitió, a Leonidas y a mí, vivir una experiencia fecunda e inolvidable. Juntos bus-*

3 Extractos del *Boletín del Instituto Científico de Culturas indígenas*, año 3, n° 29, agosto de 2001. Los otros textos que sacamos de esa misma fuente los hemos puesto en cursiva.

4 José Cardijn, sacerdote belga, fundador de la Joc.

camos a los muchachos. Pasamos muchas noches conversando con ellos, comentando el Evangelio, haciendo con ellos, visitas –que eran verdaderas visitas de amigos– al Señor Sacramentado. Presentando dramas en los pueblos. Realizando semanas de estudio y congresos. Caminando con ellos, y ascendiendo a las montañas. Durmiendo bajo la misma tela de carpa o bajo la luz tranquila de las estrellas. Viviendo con ellos sus problemas, sus angustias y sus esperanzas”.

OBISPO DE RIOBAMBA

El 26 de mayo de 1954 fue consagrado obispo de la diócesis de Riobamba (Provincia del Chimborazo y Bolívar). Toma contacto con esa provincia indígena y pobre del centro del país. Venía con muchas inquietudes a ese lugar pero nunca pensó que al entrar a su diócesis, tendría una experiencia que lo marcaría definitivamente. Yo personalmente tuve la suerte de escucharlo cuando contó lo que le ocurrió. Estaba entrando oficialmente a la ciudad –siguiendo las tradiciones de la época– en automóvil, cuando un indígena se atrevió a romper el protocolo y, corriendo hacia el auto, le grita: “Taitai, ¡no te olvides de nosotros!” . Eso fue para Don Leonidas como un llamado de Dios, su bautizo. Toda su vida quedaría marcada por esa súplica. Sería un obispo para los indios.

Fiel al método aprendido en la Joc, comenzó a visitar la diócesis y conocer la realidad de toda la provincia. Él mismo dirá: *“El método de ver, juzgar y actuar se hizo carne, hueso y sangre en mi vida, ya no podía hacer de otra manera”*.⁵ Pudo constatar la dura realidad de los indígenas, su aislamiento, su abandono. Y tuvo también muy rápidamente su primer conflicto como obispo: al poco tiempo de llegado, las familias tradicionales de Riobamba se le acercaron pidiéndole que reconstruyera la catedral que había quedado destruida en un terremoto hacía unos años. Él les había dicho tajantemente: “Primero tengo que construir la Iglesia viva de Cristo entre los hermanos indios, el templo de cemento vendrá más tarde”. Esa respuesta, evidentemente, no les gustó, y desde esa fecha se creó una distancia entre esos grupos pudientes y el obispo. Desde el inicio se mostró fiel a ese campesino indígena que se le había acercado cuando entraba a la ciudad.

“En 1956, siete años antes de que se promulgara la primera ley de Reforma Agraria, Monseñor Leonidas Proaño, al constatar, por un

5 Ese método es practicado por todos los movimientos de Acción Católica. Varios obispos del Concilio que habían acompañado a esos grupos habían quedado marcados, como Mons. Proaño, habían conocido el método y constatado su eficacia para evangelizar la sociedad. De ahí se comprende que lo utilizaran en la Constitución *Gaudium et Spes* y en las Conferencias de Medellín, Puebla y Aparecida.

lado, que la Diócesis que dirigía era propietaria de extensas propiedades, y por otro, la situación en la que sobrevivían los indígenas por el despojo de sus tierras, proyecta la entrega de haciendas de la iglesia a los indígenas.

“No se trata de dar una cuadrita a cada individuo. Quiero que la parcelación se efectúe entre cooperativas para que sea de provecho”. De esta manera la iglesia de Riobamba se anticipó al Estado.” Evidentemente decisiones como éstas preocupaban cada vez más a los terratenientes del sector. Para Proaño esto era inevitable. Por sus convicciones de fe, él debía seguir al Jesús pobre, Buena Nueva para los pobres. Y esto lo consideraba como algo inherente a su misión.

“Luchó incesantemente por introducir la justicia social en las relaciones con los indígenas, para promover su acceso a la vida pública y al poder político”. Fue ahí cuando comenzó a llamársele con desprecio: “Obispo de los indios”.

En 1960 inicia la Pastoral de Conjunto en la diócesis: eso era algo totalmente nuevo. Aún no había tenido lugar el Concilio y aún no había una visión de conjunto de la pastoral, ni consejos pastorales y menos aún participación de los laicos en esas instancias. En Francia recién se empezaba a hablar de esos temas, como una gran novedad. Sólo después del Concilio, se llegaría a implementar. Aquí Proaño resulta ser un pionero en la Pastoral. Creó también las Escuelas Radiofónicas Populares para educar y promover a las comunidades indígenas. Organiza también la Misión permanente en la diócesis, equipos que giraban por las diversas provincias haciendo que la iglesia se acercara a los alejados y los integrara progresivamente a la comunidad eclesial. La Iglesia de los indios empezó a nacer. En 1963 –después de la primera sesión del Concilio– da otro paso más: funda el Centro de Estudios y Acción social, con el objeto de conocer mejor la problemática del campesinado en su diócesis.

1967, dos años después del Concilio y un año antes de Medellín, empieza en su diócesis, siguiendo la iniciativa creativa del Brasil, las “Comunidades Cristianas de base”, una manera de convocar Iglesia desde las bases del pueblo. Estas comunidades, animadas por los equipos misioneros, fueron instancias de profunda espiritualidad y compromiso de los indígenas y de los pobres de la ciudad.

OBISPO DE LATINOAMÉRICA

Muy rápidamente (1960) participa en el recién nacido CELAM (1955) al ser elegido como delegado sustituto del Episcopado ecuatoriano ante el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), y poco después fue

nombrado titular. Aquí empieza para él su nueva aventura: ser obispo para toda América Latina. Esa experiencia fue clave para él: pudo formar equipo con los promotores del CELAM –Manuel Larraín y Dom Helder–; conoció a los otros grandes obispos, los que llamamos los “Santos Padres” de América Latina, formó equipo con ellos. Y, poco tiempo más tarde, en 1962, todos participaron en el Concilio, que fue un verdadero “kairós” para todos, un tiempo de gracia donde se abrieron a un mundo mucho más grande, conocieron a otros obispos y personalidades de primera clase, se abrieron a la universalidad. El Concilio, evidentemente, fue una gran escuela para este obispo: fue la oportunidad de ampliar su visión, conocer a otros pastores, participar en todos los debates dentro y fuera del aula conciliar. Años intensos que lo marcaron para toda su vida. Se fue convirtiendo en amigo y compañero de ruta de esos grandes pastores que estaban en el Celam. Poco tiempo después fue elegido Presidente del Departamento de Pastoral de Conjunto del CELAM y en calidad de tal creó el Instituto Itinerante de Pastoral de América Latina (IPLA). Esta instancia tuvo una importancia clave: eran los años en que llegaban muchos misioneros a nuestros países que deseaban y necesitaban iniciarse a nuestra realidad social, política, cultural, religiosa, eclesial. Esta escuela tuvo su centro en Ecuador pero organizaba también cursos en los países que se lo pedían. El IPLA, animado por Proaño, cumplió un papel clave en estos inicios de la renovación, especialmente después de Medellín. Ahí se formó toda una generación de pastores que permitieron el inicio de las comunidades cristianas, la iglesia de los pobres, la iglesia profética.

Proaño estuvo muy activo en la Conferencia de Medellín. Con su testimonio y experiencia trabajó el tema de la Pastoral de Conjunto y la metodología misionera que, partiendo del proyecto histórico de los indígenas trataba de discernir las semillas del Reino presentes en él. El mismo decía: *“O bien caminamos en el sentido del Evangelio, sin rehuir su incidencia en lo político, abiertamente, o bien, con el pretexto, con la fórmula de que la Iglesia no se mete en lo político contribuimos políticamente a que este sistema de dominación, de pecado, permanezca y se consolide. Y en ese caso somos traidores del Evangelio ya que el Evangelio es subversivo frente a una sociedad estructurada sobre la injusticia y la muerte”*. Años más tarde, en la Conferencia de Puebla (1979), trabajaría, junto con Mons. Germán Schmitz, auxiliar de Lima, el famoso texto que adjuntamos:

“Al analizar más a fondo tal situación, descubrimos que esta pobreza no es una etapa casual: sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, aunque haya también otras causas de la miseria. (...)

La situación de extrema pobreza generalizada, adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela:

- *rostros de niños, golpeados por la pobreza desde antes de nacer, por obstaculizar sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables, los niños vagos y muchas veces explotados, de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y desorganización moral familiar;*
- *rostros de jóvenes, desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad; frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación;*
- *rostros de indígenas y con frecuencia de afroamericanos, que viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres.*
- *rostros de campesinos, que como grupo social viven relegados en casi todo nuestro continente, a veces privados de tierra, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan;*
- *rostros de obreros, frecuentemente mal retribuidos y con dificultades para organizarse y defender sus derechos;*
- *rostros de subempleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos;*
- *rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales;*
- *rostros de ancianos, cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen.*

Compartimos con nuestro pueblo otras angustias que brotan de la falta de respeto a su dignidad como ser humano, como imagen y semejanza del Creador y a sus derechos inalienables como hijos de Dios". (Puebla, Cap. II. Visión sociocultural de la realidad latinoamericana, nn. 31-40).

EL HOGAR SANTA CRUZ (1968)

Esta casa fue construida por Mons. Proaño en los años de su madurez. Tenía más de diez años como pastor de la diócesis, formaba

parte de la directiva del CELAM, había participado en los intensos años conciliares y también en la preparación de la Conferencia de Medellín. Esa casa representaba pues sus inquietudes, sus opciones, su espiritualidad. Era el lugar donde residía y estaba destinada a diferentes encuentros pastorales, cursos, conferencias, seminarios, retiros. Era una casa de formación.

Yo tuve la suerte de conocer a Don Leonidas en 1972, cuatro años después de Medellín, y lo conocí precisamente en ese Hogar Santa Cruz, donde él residía y dónde tenían lugar algunas de sus coordinaciones pastorales diocesanas: recuerdo sobre todo las coordinaciones de misiones y de las comunidades de base.

Desde que se entraba en la casa, se vivía una atmósfera de sencillez especial. Entrando, a la derecha estaba la pequeña capilla: altar muy sencillo, con un lienzo con motivos andinos, un tabernáculo muy especial: una pequeña choza indígena, las “bancas”, simples troncos de palmera. ¡Era el lugar del Señor de los pobres!

Luego un zaguán, alrededor del cual había algunos cuartos de reuniones y la sencilla cocina, donde Monseñor comía cuando no había reuniones, y cuando las había, él participaba sencillamente con los que ahí estaban. Al fondo, al aire libre, un camino donde se podía pasear en los momentos de descanso. Y luego estaba, a la derecha, el edificio de los dormitorios: en un sector, los cuartos llevaban el nombre de las diferentes provincias ecuatorianas, en el otro, los de los países latinoamericanos. La Casa de Santa Cruz era la casa del obispo, la casa de los indígenas, la casa de todos los ecuatorianos, la casa de los latinoamericanos. La casa donde, en todos los rincones, se vivía la opción preferencial por los pobres. Ahí vivía Monseñor, no en un departamento especial. Él utilizaba sólo dos cuartos en el lugar de los huéspedes, en la zona de los países. Si no me equivoco esas habitaciones eran Cuba y Nicaragua! Él nos recibía siempre con gran sencillez, con terno y corbata, sin insignias episcopales. En la noche o cuando hacía frío se ponía un poncho de lana gris. Descubrí también que no usaba el “escudo episcopal”, signo de dignidad y poder propio de la cristiandad y las hojas membretadas de la diócesis decían simplemente: “Iglesia de Riobamba”.

He dicho que yo llegué a esa casa en 1972. Era el año doloroso en el que el Celam había cambiado de dirección, la antigua dirigencia había salido, para ser reemplazada, desgraciadamente, por obispos con opciones muy distintas a las de los fundadores. El Celam dejaba de ser el centro de la renovación eclesial, sería más bien la instancia desde donde cundió la sospecha contra todos los esfuerzos de encarnación, de la teología de la liberación, etc.

Varios obispos, entre ellos Don Leonidas, consideraban que si el Celam ya no convocaba a reuniones latinoamericanas, ellos debían continuar haciéndolo de manera no oficial. Era una exigencia pastoral. Por eso, periódicamente y en diferentes países, se convocaban entre obispos amigos, con pastores y especialistas para tratar diversos temas eclesiales de interés para los participantes. Es ahí donde tuve la suerte de conocer a obispos como Sergio Méndez Arceo y Samuel Ruiz de México, Cándido Padín y Antonio Fragoso (Brasil), Fernando Ariztía, Enrique Alvear y Carlos González (Chile) y Adolfo Pérez Esquivel, premio nobel de la paz (Argentina), José Comblin, etc. Santa Cruz fue para mí un lugar de encuentro de personas con inquietudes similares y que buscábamos la renovación de la Iglesia Latinoamericana de acuerdo a Medellín. Ahí tuve la oportunidad de abrirme a todo Latinoamérica, a sentirme pastor junto con todas esas personas quedaban testimonios de tanta profundidad.

La última reunión en la que participé fue en 1976. Eran los años duros de las dictaduras en el sector oriental de América del Sur (Brasil, Uruguay y Argentina), pero también en Chile y Bolivia. Se sabía que eso obedecía a la estrategia de la guerra fría entre el mundo occidental y la Unión Soviética. Era la estrategia de la Seguridad Nacional, que estaba produciendo tantas víctimas en nuestros países y que atacaba también a los sectores de Iglesia comprometidos con los pobres. Era urgente conocerla mejor para poder actuar correctamente. Empezábamos la reunión, cuando de manera brusca entraron militares y policías armados, nos apresaron y, sin ninguna explicación nos metieron en buses y nos llevaron a Quito, unas cinco horas de viaje. Fueron momentos de gran angustia e inseguridad. Llegando a Quito, sacaron bruscamente del bus a Monseñor y nos dejaron solos. Esa noche fue muy angustiosa. Estábamos totalmente aislados, no sabíamos lo que le pasaba a Monseñor.... decidimos celebrar una eucaristía y nos declaramos en huelga de hambre. Pedíamos una explicación, pedíamos que respetaran a Monseñor, que regresara con nosotros. A eso de medianoche se hizo presente el nuncio, parecía que había alguna luz. Finalmente a eso de las 9 am llegaron los obispos ecuatorianos con Monseñor y ahí se aclararon las cosas: salimos en libertad. Pero la reunión tenía que interrumpirse. La consideraban peligrosa. La estrategia de la seguridad nacional nos había alcanzado. Ese era el clima de esos años. Así se consideraba en los sectores del poder a una iglesia comprometida con los pobres: era peligrosa, debía deshacerse.

Pero quiero terminar con lo que viví inmediatamente después. Todos los obispos extranjeros sintieron la necesidad de regresar de inmediato a sus países y tenían razón. Y Don Leonidas quería regresar de inmediato a Riobamba, Un grupo de nosotros sintió que no podíamos

dejar solo a Monseñor. Lo acompañamos de nuevo a Riobamba. Ahí, al día siguiente, sábado, estaba planificada una ordenación sacerdotal para un joven de la diócesis. Proaño había dispuesto, desde antes, que la celebración no se hiciera en la ciudad sino en un pequeño caserío indígena, a una buena hora de la ciudad. Ahí nos dirigimos todos. En la celebración, habría unos quince concelebrantes, se escogieron lecturas apropiadas al momento que habíamos vivido. Después de escuchar las lecturas, Monseñor pidió que los concelebrantes nos acercáramos a la gente y, en pequeños grupos, comentáramos con ellos, a la luz de la Palabra, todo lo que se había vivido en la semana. Fue algo hermosísimo y profundo, los campesinos habían seguido la noticia y comprendido todo lo que eso significaba para ellos, para la iglesia y para el testimonio que ellos debían dar como discípulos. Luego empezó la ordenación, y el obispo, en el momento del voto de obediencia, le pidió al candidato: “¿Quieres ofrecer tu vida enteramente por el evangelio y los pobres, como lo hemos vivido en estos días?” Ahí comprendí más claramente quién era este hombre de Dios. En esa pequeña iglesita de pueblo, en medio de los campesinos pobres, esa eucaristía y esa ordenación, después de todo lo vivido, me hizo comprender lo que el Señor exigía de sus discípulos y apóstoles: ¡entregar su vida enteramente por amor!

José Comblin tuvo razón cuando nos habla de estos obispos pioneros como los “Santos Padres de la Iglesia Latinoamericana”. Así como Juan Crisóstomo o Agustín son “Santos Padres” de la Iglesia europea, estos fundadores del Celam son verdaderamente los “Santos Padres” de nuestra iglesia latinoamericana. Proaño lo ha sido de verdad: supo asumir su identidad indígena para manifestar al Cristo pobre y evangelizar a sus hermanos de origen. Con valentía profética defendió a sus hermanos indígenas, les entregó el Evangelio, los dignificó. Al inicio, los poderosos lo llamaron con desprecio “obispo de los indios”, pero al final de su vida, el mismo Juan Pablo II le otorgó ese título, por pedido de los mismos indios, como un honor, como un homenaje, como un reconocimiento.

En estas fechas que celebramos los veinticinco años del paso de Don Leonidas al Padre, su vida y testimonio deben ser una luz y una señal para orientar nuestras vidas.□